

***IEP* - Instituto de Estudios Peruanos**

**Taller Interactivo: Prácticas y Representaciones  
de la Nación, Estado y Ciudadanía en el Perú**

**LAS REPRESENTACIONES COLECTIVAS COMO NOCIONES-  
TIPOS EN LAS QUE PARTICIPAN LOS INDIVIDUOS**

Emile Durkheim<sup>1</sup>

**Módulo: Aproximaciones teóricas, nociones de prácticas y representaciones  
Sesión 1, Lectura N° 1**

**Lima, Mayo del 2002**

---

<sup>1</sup> En: Emile Durkheim, *Las formas elementales de la vida religiosa*. Editorial Schapire, Buenos Aires, 1968. Conclusión, Parte III, pp. 442-449.

## **LAS REPRESENTACIONES COLECTIVAS COMO NOCIONES-TIPOS EN LAS QUE PARTICIPAN LOS INDIVIDUOS**

Emile Durkheim

Pero si las nociones fundamentales de la ciencia son de origen religioso, ¿cómo ha podido engendrarlas la religión? No se percibe a primera vista qué relaciones puede haber entre la lógica y la religión. También, ya que la realidad que expresa el pensamiento religioso es la sociedad, la cuestión puede plantearse en los términos siguientes, que muestran mejor toda su dificultad: ¿qué es lo que ha podido hacer de la vida social una fuente tan importante de la vida lógica? Parece que nada la predestinaba a ese papel; pues evidentemente no es para satisfacer necesidades especulativas que se han asociado los hombres.

Quizás pareceremos temerarios al abordar aquí un problema de tanta complejidad. Para poder tratarlo como convendría, sería necesario que se conocieran mejor las condiciones sociológicas del conocimiento; solamente comenzamos a entrever algunas de ellas. Sin embargo, la cuestión es tan grave y está implicada tan directamente por todo lo que precede, que debemos hacer un esfuerzo para no dejarla sin respuesta. Quizás, por otra parte, no sea posible plantear desde ahora algunos principios generales que son al menos apropiados para aclarar la solución.

La materia del pensamiento lógico está hecha de conceptos. Investigar cómo la sociedad puede haber desempeñado un papel en la génesis del pensamiento lógico equivale pues a preguntarse cómo puede haber tomado parte en la formación de los conceptos.

Si, como sucede ordinariamente, sólo se ve en el concepto una idea general, el problema parece insoluble. El individuo puede, en efecto, por sus medios propios, comparar sus percepciones o sus imágenes, deducir lo que tienen en común; en una palabra, generalizar. Es difícil, pues, percibir por qué la generalización no sería posible más que en y por la sociedad. Pero, ante todo, es inadmisibles que el pensamiento lógico se caracterice exclusivamente por la mayor extensión de las representaciones que la constituyen. Si las ideas particulares no tienen nada de lógico, ¿por qué ocurriría otra cosa con las ideas generales? Lo general sólo existe en lo particular; en lo particular simplificado y empobrecido. El primero no podría, pues, tener virtudes y privilegios que no tiene el segundo. Inversamente, si el pensamiento conceptual puede aplicarse al género, a la especie, a la variedad, por restringida que ésta pueda ser, ¿por qué no podría extenderse al individuo, es decir, al límite hacia el que tiende la representación a medida que su extensión disminuye?. De hecho, existen muchos conceptos que tienen por objeto a individuos. En todo tipo de religión, los dioses son individualidades distintas unas de otras; no obstante, son concebidas, no percibidas. Cada pueblo se representa de una cierta manera, variable según los tiempos, a sus héroes históricos o legendarios; esas representaciones son conceptuales. Por fin, cada uno de nosotros se hace una cierta noción

de los individuos con los cuales está en relación, de su carácter, de su fisonomía, de los rasgos distintivos de su temperamento físico y moral: esas nociones son verdaderos conceptos. Sin duda que están, en general, bastante groseramente formados; pero hasta entre los conceptos científicos, ¿hay muchos que sean perfectamente adecuados a su objeto? En este aspecto, no hay, entre unos y los otros, más que diferencias de grado.

Por lo tanto hay que definir el concepto por otros caracteres. Se opone a las representaciones sensibles de todo orden -sensaciones, percepciones o imágenes- por las siguientes propiedades.

Las representaciones sensibles están en perpetuo flujo; se empujan unas a otras como las olas de un río y, aun hasta el tiempo que duran, no permanecen iguales a sí mismas. Cada una de ellas es función del instante preciso en que ha tenido lugar. Nunca estamos seguros de encontrar una percepción tal como la hemos experimentado una primera vez; pues si la cosa percibida ha cambiado, nosotros no somos los mismos. El concepto, al contrario, está como fuera del tiempo y del devenir; está sustraído a toda esta agitación; se diría que está situado en una región diferente del espíritu, más serena y espontánea; al contrario, resiste al cambio. Es una manera de pensar que, en cada momento del tiempo, está fijada y cristalizada<sup>2</sup>. En la medida en que es lo que debe ser, es inmutable. Si cambia, no es porque esté en su naturaleza cambiar; es que hemos descubierto en él alguna imperfección; es que tiene necesidad de ser rectificado. El sistema de conceptos con el que pensamos en la vida corriente es el que expresa el vocabulario de nuestra lengua materna; pues cada palabra traduce un concepto. Pues bien, la lengua es fija; sólo cambia muy lentamente y, en consecuencia, lo mismo sucede con la organización conceptual que ella expresa. El sabio se encuentra en la misma situación frente a la terminología especial que emplea la ciencia a la cual se consagra, y, en consecuencia, frente al sistema especial de conceptos al cual corresponde esta terminología. Sin duda que puede innovar, pero sus innovaciones son siempre una especie de actos violentos dirigidos a maneras de pensar instituidas.

Al mismo tiempo que es relativamente inmutable, el concepto es, si no universal, al menos universalizable. Un concepto no es mi concepto; me es común con otros hombres o, en todo caso, puede serle comunicado. Me es imposible hacer pasar una sensación de mi conciencia a la conciencia de otro; ella está tan sujeta a mi organismo y a mi personalidad que no puede desprenderse de él. Lo que puedo hacer es invitar a otro a ponerse frente al mismo objeto que yo y abrirse a su acción. Al contrario, la conversación, la relación intelectual entre los hombres consiste en un cambio de conceptos. El concepto es una representación esencialmente impersonal: las inteligencias humanas se comunican por él<sup>3</sup>.

La naturaleza del concepto, así definido, denuncia sus orígenes. Si es común a todos, es porque es obra de la comunidad. Ya que no lleva el sello de ninguna inteligencia particular, es porque está elaborado por una inteligencia única donde se encuentran todas

---

<sup>2</sup> William James, *The Principles of Psychology*, I, p. 464.

<sup>3</sup> Esta universalidad del concepto no debe confundirse con su generalidad: son cosas muy diferentes. Lo que llamamos universalidad, es la propiedad que tiene el concepto de ser comunicado a una pluralidad de espíritus, y aún, en principio, a todos los espíritus; pues bien, esta comunicabilidad es totalmente independiente de su grado de extensión. Un concepto que no se aplique más que a un solo objeto, cuya extensión, por consiguiente, es mínima, puede ser universal en el sentido en que es el mismo para todos los entendimientos: tal, el concepto de una divinidad.

las otras y van, de alguna manera, a alimentarse. Si tiene más estabilidad que las sensaciones o que las imágenes, es porque las representaciones colectivas son más estables que las representaciones individuales; pues, mientras que el individuo es sensible hasta a los débiles cambios que se producen en su medio interno o externo, sólo los acontecimientos de gravedad suficiente pueden lograr la tranquilidad mental de la sociedad. Cada vez que estamos en presencia de un *tipo*<sup>4</sup> de pensamiento o de acción, que se impone de un modo uniforme a las voluntades o a las inteligencias particulares, esta presión ejercida sobre el individuo revela la intervención de la colectividad. Por otra parte, decíamos precedentemente que los conceptos con los cuales pensamos corrientemente son los que están consignados en el vocabulario. Pues bien, no hay duda de que el lenguaje y, en consecuencia, el sistema de conceptos que él traduce, es el producto de una elaboración colectiva. Lo que él expresa, es la manera en que la sociedad en su conjunto se representa los objetos de la experiencia. Las nociones que corresponden a los diversos elementos de la lengua son, pues, representaciones colectivas.

El contenido mismo de esas nociones testimonia en el mismo sentido. Casi no hay palabras, en efecto, aun entre las que empleamos usualmente, cuya acepción no supere más o menos ampliamente los límites de nuestra experiencia personal. A menudo un término expresa cosas que no hemos percibido nunca, experiencias que nunca hemos hecho o cuyos testigos no hemos sido nunca. Hasta cuando conocemos algunos de los objetos con los cuales se relaciona, no es más que a título de ejemplos particulares que vienen a ilustrar la idea, pero que, por sí mismos, no hubieran nunca sido suficientes para constituir la. En la palabra se encuentra pues condensada toda una ciencia en la que yo no he colaborado, una ciencia más que individual; y ella me desborda hasta tal punto que ni siquiera puedo apropiarme completamente de todos sus resultados. ¿Quién de nosotros conoce todas las palabras de la lengua que habla y la significación íntegra de cada palabra?

Esta observación permite determinar en qué sentido entendemos decir que los conceptos son representaciones colectivas. Si son comunes a un grupo social entero, no es que representen un simple término medio entre las representaciones individuales correspondientes; pues entonces serían más pobres que estas últimas en contenido intelectual, mientras que en realidad están llenas de un saber que supera al del individuo medio. Son, no abstracciones que sólo tendrían realidad en las conciencias particulares, sino representaciones tan concretas como las que puede hacerse el individuo en su medio personal: corresponden al modo en que este ser especial que es la sociedad piensa las cosas de su experiencia propia. Si de hecho, los conceptos son la mayoría de las veces ideas generales, si expresan categorías y clases antes que objetos particulares, es porque los caracteres singulares y variables de los seres no interesan sino raramente a la sociedad; en razón misma de su extensión, ella puede casi solamente ser afectada por sus propiedades generales y permanentes. Por lo tanto su atención recae en este aspecto: está en su naturaleza el ver la mayoría de las veces a las cosas como grandes masas y bajo el aspecto más general que tienen. Pero esto no es una necesidad; y, en todo caso, aun cuando esas representaciones tengan el carácter genérico que les es habitual, son la obra de la sociedad, y están enriquecidas con su experiencia.

---

<sup>4</sup> Se objetará que a menudo, en el individuo, por el solo efecto de la repetición, se fijan y se cristalizan maneras de actuar o de pensar bajo forma de hábitos que resisten al cambio. Pero el hábito no es más que una tendencia a repetir automáticamente un acto o una idea, cada vez que las mismas circunstancias la despiertan; esto no implica que la idea o el acto estén constituidos en estado de tipo ejemplares, propuestos o impuestos al espíritu o a la voluntad. Solamente cuando un tipo de ese género está preestablecido, es decir, cuando una regla, una norma está instituida, puede o debe presumirse la acción social.

En eso reside, por otra parte, el valor que el pensamiento conceptual tiene para nosotros. Si los conceptos sólo fueran ideas generales, no enriquecerían mucho el conocimiento; pues lo general, como ya lo hemos dicho, no contiene nada más que lo particular. Pero si son, ante todo, representaciones colectivas, agregan, a lo que puede enseñarnos nuestra experiencia personal, toda la ciencia y la sabiduría que ha acumulado la colectividad en el curso de los siglos. Pensar por conceptos no es simplemente ver lo real por el lado más general; es proyectar sobre la sensación una luz que la aclara, la penetra y la transforma. Concebir una cosa, es al mismo tiempo que aprehender mejor sus elementos esenciales, situarlos en un conjunto; pues cada civilización tiene su sistema organizado de conceptos que la caracteriza. Frente a este sistema de nociones, el espíritu individual está en la misma situación que el □□□□ de Platón frente al mundo de las Ideas. Se esfuerza por asimilárselas, pues las necesita para poder relacionarse con sus semejantes; pero la asimilación es siempre imperfecta. Cada uno de nosotros las ve a su manera. Hay algunas que se nos escapan completamente, que quedan fuera de nuestro radio de visión; otras, de las cuales sólo percibimos ciertos aspectos. Hasta hay algunas, y muchas, que desnaturalizamos al pensarlas; pues, como son colectivas por naturaleza, no pueden individualizarse sin ser retocadas, modificadas y, en consecuencia, falseadas. De allí proviene el hecho de que nos cueste tanto entendernos, que, hasta muy a menudo, nos mintamos, sin quererlo, unos a los otros: es porque todos empleamos las mismas palabras sin darles el mismo sentido.

Ahora puede entreverse cuál es la parte de la sociedad en la génesis del pensamiento lógico. Éste no es posible sino a partir del momento en que, por encima de las representaciones fugitivas que debe a la experiencia sensible, el hombre ha llegado a concebir todo un mundo de ideales estables, lugar común de las inteligencias. Pensar lógicamente, en efecto, es siempre, en alguna medida, pensar de una manera impersonal; también es pensar *sub specie aeternitatis*. Impersonalidad, estabilidad, tales son las dos características de la verdad.. Pues bien, la vida lógica supone evidentemente que el hombre sabe, al menos confusamente, que hay una verdad, distinta de las apariencias sensibles. ¿ Pero cómo se ha podido llegar a esta concepción? La mayoría de las veces se razona como si ella hubiera debido presentarse espontáneamente a él desde que abre los ojos sobre el mundo. Sin embargo, no hay nada en la experiencia inmediata que pueda sugerirla; hasta todo la contradice. Por eso el niño y el animal ni siquiera la sospechan. La historia muestra, por otra parte, que ella ha empleado siglos en deducirse y en constituirse. En nuestro mundo occidental, ha tomado por primera vez, con los grandes pensadores de Grecia, una conciencia clara de sí misma y de las consecuencias que implica; y, cuando se la descubrió, provocó una admiración que Platón ha traducido en un lenguaje magnífico. Pero si solamente en esta época se ha expresado la idea en fórmulas filosóficas, preexistía necesariamente en estado de sentimiento oscuro. Los filósofos han tratado de elucidar ese sentimiento; no lo han creado. Para que pudieran reflexionarlo y analizarlo, era necesario que les fuera dado y se trata de saber de dónde venía, es decir, en qué experiencia estaba fundado. Es en la experiencia colectiva. Bajo la forma del pensamiento colectivo el pensamiento impersonal se ha revelado, por primera vez, a la humanidad; y no vemos por qué otro medio hubiera podido hacerse esta revelación. Por el solo hecho de que la sociedad existe, existe también, fuera de las sensaciones y de las imágenes individuales, todo un sistema de representaciones que gozan de propiedades maravillosas. Por ellas se comprenden los hombres, las inteligencias se penetran unas a las otras. Tienen en ellas una especie de fuerza, de ascendiente moral por el cual se imponen a los espíritus particulares. Desde entonces el individuo se da cuenta, al menos oscuramente, de que por encima de sus representaciones privadas existe un mundo de nociones-tipo según las cuales debe regular

sus ideas; entrevé todo un mundo intelectual en el que participa, pero que lo supera. Esta es una primera intuición del reino de la verdad. Sin duda, a partir del momento en que tomó así conciencia de esta intelectualidad más alta, se dedicó a escrutar su naturaleza; buscó de dónde sacaban sus prerrogativas esas representaciones eminentes y, en la medida en que creyó haber descubierto sus causas, comenzó él mismo a poner en acción esas causas para obtener, por sus propias fuerzas, los efectos que ellas implican; es decir, que se acordó a sí mismo el derecho de hacer conceptos. Así se individualizó la facultad de concebir. Pero, para comprender bien los orígenes de la función, hay que relacionarla con las condiciones sociales de las que depende.

Se objetará que sólo mostramos el concepto en uno de sus aspectos, que él no tiene únicamente por función asegurar la concordancia mutua de los espíritus, sino también, y más aún, su concordancia con la naturaleza de las cosas. Parece que sólo tuviera su razón de ser con la condición de ser verdad, es decir, objetivo, y que su impersonalidad debe no ser más que una consecuencia de su objetividad. Los espíritus deberían comunicarse en las cosas, pensadas lo más adecuadamente posible. No negamos que la evolución conceptual se haga en parte en ese sentido. El concepto que, primitivamente, se considera verdadero porque es colectivo, tiende a hacerse colectivo sólo con la condición de considerarse verdadero: le pedimos sus títulos antes de acordarle nuestro crédito. Pero, ante todo, no hay que perder de vista que aún hoy la mayoría de los conceptos de los cuales nos servimos no están constituidos metódicamente; los tomamos del lenguaje, es decir, de la experiencia común, sin que se hayan sometido a ninguna crítica previa. Los conceptos científicamente elaborados y criticados son siempre una minoría muy débil. Además, entre ellos y los que obtienen toda su autoridad por el solo hecho de ser colectivos, sólo hay diferencias de grado. Una representación colectiva, porque es colectiva, ya presenta garantías de objetividad; pues no es sin razón que ella ha podido generalizarse y mantenerse con una persistencia suficiente. Si estuviera en desacuerdo con la naturaleza de las cosas, no hubiera podido adquirir un extenso y prolongado imperio sobre los espíritus. En el fondo, lo que constituye la confianza que inspiran los conceptos científicos, es que son susceptibles de ser controlados metódicamente. Pues bien, una representación colectiva está sometida necesariamente a un control repetido indefinidamente: los hombres que adhieren a ella la verifican por su experiencia propia. No podría, pues, ser completamente inadecuada a su objeto. Puede expresarlo, sin duda, con ayuda de símbolos imperfectos; pero los mismos símbolos científicos no son nunca sino aproximados. Este principio es precisamente el que está en la base del método que seguimos en el estudio de los fenómenos religiosos: consideramos un axioma que las creencias religiosas, por extrañas que sean a veces en apariencia, tienen su verdad que hay que descubrir<sup>5</sup>.

Inversamente, los conceptos, aun cuando están contruidos según todas las reglas de la ciencia, distan de obtener su autoridad únicamente de su valor objetivo. No es suficiente que sean verdaderos para ser creídos. Si no armonizan con las otras creencias, las otras opiniones, en una palabra con el conjunto de representaciones colectivas, serán negados; los espíritus se les cerrarán; será, en consecuencia, como si no existieran. Si, hoy, es suficiente en general que lleven la estampilla de la ciencia para encontrar una especie de crédito privilegiado, es porque tenemos fe en la ciencia. Pero esta fe no difiere esencialmente de la fe religiosa. El valor que atribuimos a la ciencia depende en suma de la idea que nos hacemos colectivamente de su naturaleza y de su papel en la vida; es decir, que ella expresa un estado de opinión. Es porque, en efecto, todo en la vida social, la

---

<sup>5</sup> Se ve cómo una representación dista de carecer de valor objetivo por el solo hecho de tener un origen social.

ciencia misma está basada en la opinión. Sin duda que puede tomarse a la opinión como objeto de estudio y hacer una ciencia de ella; en esto consiste principalmente la sociología. Pero la ciencia de la opinión no constituye la opinión; sólo puede aclararla, hacerla más consciente de sí. Por esto, es verdad, puede hacerla cambiar; pero la ciencia continúa dependiendo de la opinión en el momento en que parece dominarla; pues, como lo hemos mostrado, de la opinión toma la fuerza necesaria para actuar sobre la opinión<sup>6</sup>.

Decir que los conceptos expresan el modo en que la sociedad se representa las cosas, es decir también que el pensamiento conceptual es contemporáneo de la humanidad. No rehusamos, pues, a ver en él el producto de una cultura más o menos tardía. Un hombre que no pensara por conceptos no sería un hombre; pues no sería un ser social. Reducido a sus solos preceptos individuales, sería indistinto del animal. Si la tesis contraria ha podido sostenerse, es porque se ha definido al concepto por caracteres que no le son esenciales. Se lo ha identificado con la idea general<sup>7</sup> y con una idea general netamente delimitada y circunscripta<sup>8</sup>. En esas condiciones, ha podido parecer que las sociedades inferiores no conocen el concepto propiamente dicho: pues sólo tienen procedimientos de generalización rudimentarios y las nociones de las que se sirven no son generalmente definidas. Pero la mayor parte de nuestros conceptos actuales tienen la misma indeterminación; no nos obligamos a definirlos casi más que en las discusiones y cuando actuamos como sabios. Por otra parte, hemos visto que concebir no es generalizar. Pensar conceptualmente no es simplemente aislar y agrupar en conjunto los caracteres comunes a un cierto número de objetos; es subsumir lo variable bajo lo permanente, lo individual bajo lo social. Y ya que el pensamiento lógico comienza con el concepto, se sigue que ha existido siempre; no ha habido período histórico durante el cual los hombres hayan vivido, de una manera crónica, en la confusión y la contradicción. Ciertamente, no se podría insistir demasiado en los caracteres diferenciales que presenta la lógica en los diversos momentos de la historia; evoluciona como las sociedades mismas. Pero por reales que sean las diferencias, no deben hacer desconocer las similitudes que no son menos esenciales.

---

<sup>6</sup> Cf. p. 220. [*“La opinión, cosa social en primer término, es pues una fuente de autoridad y hasta podríamos preguntarnos si toda autoridad no es hija de la opinión. Se objetará que la ciencia es a menudo la antagonista de la opinión, cuyos errores combate y rectifica. Pero sólo puede triunfar en esta tarea si tiene una autoridad suficiente y sólo puede tener esta autoridad de la opinión misma”*].

<sup>7</sup> *Les fonctions mentales dans les sociétés inférieures*, pp. 131-138.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 46.